

Ana R. Cañil

LOS AMANTES EXTRANJEROS

Viajes por España con los escritores guiris
que se enamoraron de ella




ESPASA

ANA R. CAÑIL

LOS AMANTES EXTRANJEROS

Viajes por España con los escritores guiris
que se enamoraron de ella


ESPASA

© Ana R. Cañil, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 2.896-2022
ISBN: 978-84-670-6511-4

NOTA DEL EDITOR: El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir los textos publicados en esta obra. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Prólogo. Aventuras extranjeras por España	11
1. Persiguiendo a los románticos por la Alhambra. «Que el éxtasis sea contigo»	23
2. Los extranjeros nos psicoanalizan en el diván de El Escorial: Gautier, Davillier, Morris y Nootboom ..	71
3. Santa María del Naranco y San Miguel de Lillo ful- minan a Edith Wharton y Cees Nootboom	101
4. Tras los pasos del capitán Nemo y Julio Verne por la bahía de Vigo	129
5. Segovia, el clíper que navega por el paisaje. Jan Mo- rris, Wilhelm von Humboldt y George Ticknor des- cubren la ciudad del acueducto	141
6. Sevilla: «Aquí se puede ser feliz». Zweig, Gautier, Ford y Borges nos guían por la ciudad	167
7. Por el país de la Maragatería con dos «impertinen- tes» británicos: Richard Ford y George Borrow	197
8. Tras las huellas de <i>Por quién doblan las campanas</i> . Con Hemingway y Henry Buckley por la Sierra de Guadarrama	229

ÍNDICE

9. Así empezó todo en el Camino de Santiago. Jean-Christophe Rufin y Edith Wharton lo ven diferente	255
10. El Paseo del Prado, el más bonito del mundo. Ticknor, Gautier y Davillier se rinden al Salón de Madrid	301
11. Barcelona de la mano de Orwell y García Márquez. De la ingenuidad de un idealista a los secretos de María dos Prazeres	327
Agradecimientos	365
Los escritores que me han acompañado en este viaje	367
Créditos fotográficos	371

1

PERSIGUIENDO A LOS ROMÁNTICOS POR LA ALHAMBRA. «QUE EL ÉXTASIS SEA CONTIGO»

Sultanas y cristianas cautivas de velos vaporosos, brillantes melenas y ojos de fuego vagaban por estos jardines encantados de la Alhambra de Granada. Destilaban amor y pasiones secretas, según los románticos. Ciertamente que, en ocasiones, debían tener cuidado de no manchar sus delicados pies en la sangre de los caballeros arrayanes, sus amantes decapitados en cruel venganza. Pero ¿qué es la violencia por traición y amor? Nada. Tiempos de romanticismo y del *Grand Tour* por Europa.

España era solo para los osados, para los iniciados en la aventura gracias al norteamericano Washington Irving. Durante el siglo XIX y hasta bien entrado el XX, preparar un viaje a España y no incluir la Alhambra era como ir a Italia y no pasar por Roma. Como escribió Irving, «para el viajero inspirado en lo histórico y en lo poético, la Alhambra de Granada es un objeto de tanta veneración como la Kaaba o Casa Sagrada de la Meca para los devotos peregrinos musulmanes». Él fue uno de esos veneradores y, desde luego, el extranjero que más ha influido en la imagen de este palacio real, ciudad palatina y «antigua fortaleza o palacio amurallado de los reyes moros de Granada, desde donde ejercían dominio sobre este ensalzado paraíso terrenal».

Desde que el diplomático y escritor norteamericano redactara sus *Cuentos de la Alhambra* en 1829, entre las paredes rojas

de las murallas y sus aposentos, los cuentos de *Las mil y una noches* se hicieron realidad para el mundo occidental en la colina de la Sabika, sobre la cual se asienta esta ciudad palatina.

Releer a Irving y su experiencia con Mateo Ximénez, su cicero en el paraíso árabe junto con la familia de la «buena tía Antonia», significa recordar quiénes éramos y cómo nos veían hace ciento noventa años, cuando el escritor se instaló aquí, en las mismas habitaciones en las que estuvieron doña Isabel de Portugal y Carlos V: «Dele usted a un español sombra en el verano y sol en el invierno, un poco de pan, ajos, aceite, garbanzos, una capa de paño pardo y una guitarra, y ande el mundo como quiera. ¡Hable usted de pobreza!... [...]. Los hijos de la Alhambra son una demostración elocuente de esta filosofía práctica». Así nos veían y, seguramente, así éramos en gran parte. Eso sí, añadía el escritor neoyorquino: «[El español] se tiene siempre por un hidalgo, aun con sus harapos».

* * *

La mochila ya está lista para el viaje. Aunque no incluye aceite ni garbanzos, ni siquiera una guitarra, pero sí algunos libros subrayados, el proyecto de perseguir por la Alhambra las huellas de otros tres reconocidos escritores románticos —Hans Christian Andersen, Théophile Gautier y Charles Davillier—, a los que Irving encandiló, se convierte en una aventura *vintage* tan fascinante como los mismos cuentos que les embrujaron. Es otra forma de mirar el tesoro andalusí siglo y medio después y de recuperar el mestizaje de la cultura española.

En el vagón del AVE de Madrid a Antequera (Málaga) a veces no hay enchufe para cargar el móvil o el ordenador, pero las ruedas son lo único que tiene en común con las diligencias que empleaban los viajeros románticos del siglo XIX. No quedan muchos meses para que el tren de alta velocidad enlace la capital con Granada,

un deseo y una necesidad cuya realización se ha retrasado desde principios de este siglo XXI más de lo debido*.

Después, en el autobús de Renfe que lleva a Granada, no se esperan ataques de bandoleros de leyenda, como José María *El Tempranillo* o Juan Palomo, tan anhelados por los extranjeros de aquellos tiempos. Pero sí se vigila por si acaso aparece la vista mágica de la Alhambra, aunque no hay tal oportunidad. Está la llanura, las sierras azuladas y las cumbres blancas y aún lejanas de Sierra Nevada junto a los campos de olivos perfectamente alineados y hermosos, y el signo definitivo de los tiempos a las afueras de la ciudad: la planta embotelladora de Coca-Cola, los talleres de reparación de coches y una gran superficie de alimentación y ropa. ¡Cómo les irritaban a aquellos elitistas viajeros la vulgaridad de los avances modernos, que extendían desde las modas de París hasta los feos edificios de pisos elevados! Hoy se encogerían de hombros ante los vaqueros, las camisetas y las deportivas, el uniforme del personal en todo el globo terráqueo.

Quizá alguno de los coreanos, japoneses, franceses o ingleses —muchos más que españoles— que viajan en el autobús, pendientes también de las ventanillas, piense en esa uniformidad, o puede que sueñen con los bandoleros del romanticismo y sus leyendas, tan explotadas hace dos siglos.

El gasto del taxi desde la estación de Renfe hasta el Hotel América, el único dentro de la Alhambra junto con el carísimo y siempre lleno Parador Nacional, es un imprescindible, por más que los *trolleys* con ruedas sean prácticos y ligeros para subir la Cuesta de Gomérez, como se llama el más conocido acceso a la Puerta de la Justicia, y luego a la Puerta del Vino, principal entrada a la Alhambra.

El América es un hotel modesto, sin televisión, con las habitaciones decoradas al estilo de los años cincuenta del siglo pasado.

* Al cierre de este texto, abril de 2021, el AVE ya llega a Granada.



Sierra Nevada y la Alhambra compiten en belleza.



Son pequeñas, pero limpias, sin nevera en el cuarto, pero con vistas a un patio andaluz como Dios y Alá mandan, donde se desayuna, se come y se cena con dignidad, aderezado todo con el humor de Angelo (que no despiste el nombre; es *granaíno*) y de su jefa, Maribel, y sus dos hijas. Es el único lugar —además del Parador—, dentro del recinto de la Alhambra, donde se puede dormir. De dormir dentro de las murallas disfrutaron Irving y Manuel de Falla, y alardearon otros muchos. El que más, el divertido Théophile Gautier, quien aseguraba que, junto con el amigo que le acompañó en el viaje por España, logró dormir cuatro noches en el Patio de los Arrayanes y en el de los Leones, ese desde el que Irving vio tantos amaneceres y atardeceres.

Por la noche, la ciudad palatina entra en un silencio que se cuele por cada una de las esquinas del palacio de Carlos V; brota de los Palacios Nazaríes y se extiende por los jardines, la Alcazaba, la Puerta del Vino, la Calle Real... Sigue más allá de las murallas que miran al frente, hacia el Albaicín. Allí el silencio se rompe, se cruza y se adormece con las voces de las terrazas y alguna música, aunque hay que pararse para buscar el rasguear de una guitarra —todos esos viajeros tan internacionales dicen que lo escucharon—. Ya no se oye el río Darro, que corre a los pies de la Sabika, y en este final de febrero e inicio de marzo apenas tiene caudal. Sin embargo, con la brisa moviendo hojas y sombras entre los árboles de la cuesta de la Puerta de las Granadas y el murmullo de las fuentes, es fácil evocar a poetas, godas esclavas y sultanes entristecidos.

A primera hora de la mañana, los pájaros que anidan en la buganvilla del hotel ya han organizado su particular despertador. Y comienza el primer día completo de la aventura, de la mano de dos franceses y un danés, cuyas páginas sobre este lugar a veces compiten con las de Irving.

* * *

Han transcurrido más de ciento ochenta años desde que el francés Théophile Gautier, ya famoso en su país por su poesía y sus novelas, pasara casi seis meses en España y unos cuantos días entre la Alhambra y Granada. Como ya hemos mencionado, Gautier presumía de haber dormido cuatro noches sobre un colchón en el mismo Patio de los Arrayanes y de los Leones. Dejó un libro, *Viaje por España*, que corrió como la pólvora entre sus contemporáneos, aunque no tanto como los cuentos de Irving. Veintidós años después, en 1862, el adinerado barón Charles Davillier, junto con el pintor y dibujante Gustave Doré, llegaron a Granada y, aunque no durmieron en la Alhambra, pasaron por los Palacios Nazaríes y los barrios de la ciudad, plumín en mano, dejando expresivos textos y dibujos sobre la belleza y la pobreza del lugar.

También en 1862, Hans Christian Andersen, el escritor de cuentos mundialmente célebre, emprendió su *Viaje por España*, libro que resultó un tanto frustrado y frustrante. El autor de *El traje del emperador*, *La sirenita* o *El patito feo* recogió su comprensible disgusto porque en «tres días llegaría la reina [Isabel II]. Era la primera vez, desde el tiempo de Isabel la Católica, que Granada iba a ver a su reina», por lo que la ciudad, incluida la Alhambra, se disfrazó. Había «un arco del triunfo de cartón, papel pintado imitando mármol, y esculturas de yeso», además de otros adornos para tapar agujeros. Eso le recordó a Andersen «los viajes de la emperatriz Catalina de Rusia, por cuyo motivo ciudades enteras de cartón piedra eran construidas» para regocijo de la dama. Habría sido fantástico que pueblos y aldeas Potemkin —ideados por el poderoso amante de Catalina, Grigori Potemkin— se hubieran levantado aquí para Isabel II. Siendo cierto, seguro, todo lo que cuenta, parece que, en realidad, el danés se sintió molesto porque la reina no le recibió.

Pasear por la Alhambra de la mano de estos tres señores es estimulante. En parte para comprobar que la realidad y la fantasía, mezcladas con el tópico y, muchas veces, con el error basado en las

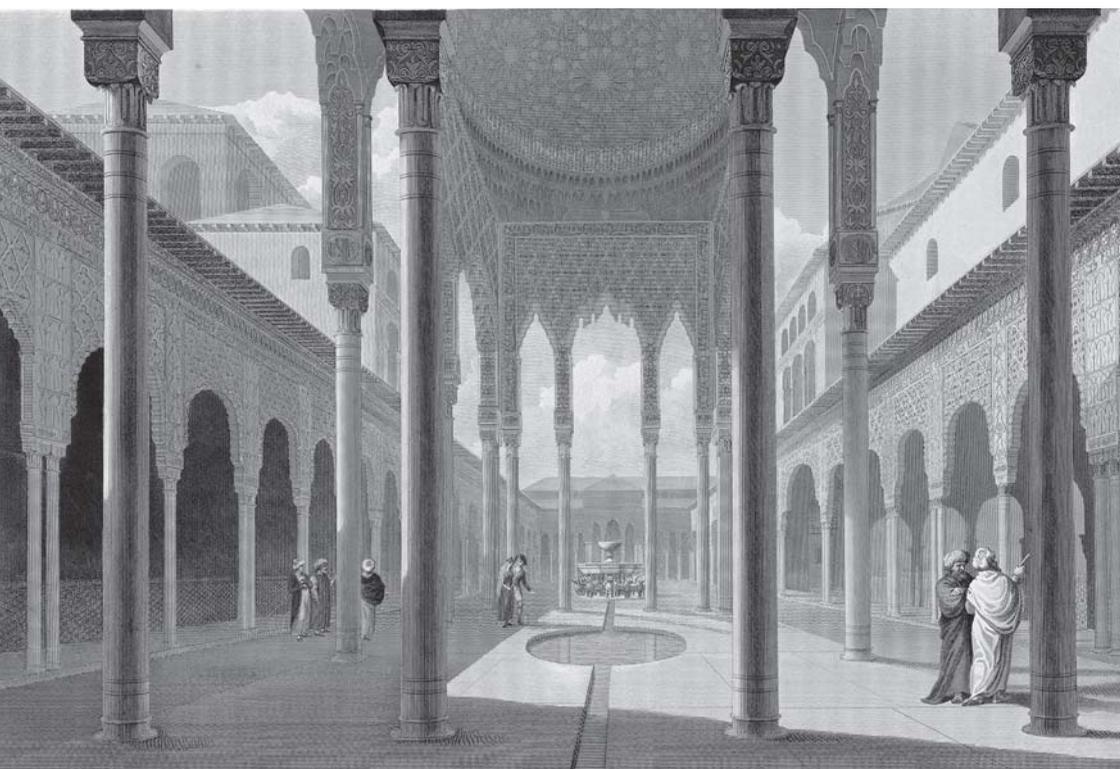
apariencias, pueden producir libros estupendos, como el de Gautier, con juicios que siglo y medio después resultan tremendos si no se sitúan en su contexto. «España, que está tocando con África, como Grecia con Asia, no está hecha para las costumbres europeas. El genio de Oriente asoma en mil formas distintas, y quizá es una lástima que no haya continuado siendo morisca o mahometana», escribió el francés mientras bajaba el Puerto de los Perros, esto es, Despeñaperros.

En 1840, España respiraba aún la terrible herencia que el *Rey Felón*, Fernando VII, había dejado a su joven hija, Isabel II. Guerras entre isabelinos y carlistas y entre conservadores y liberales arrasaron el país durante buena parte del siglo XIX. La pobreza, unida a un pueblo semianalfabeto, castigado por la herencia de la Inquisición como mano de hierro de la Iglesia, es con lo que se encontraban los viajeros —escritores, científicos, políticos— que recorrían un país que apenas un par de siglos antes había sido dueño del «imperio donde no se ponía el sol». Les fascinaba encontrar ese atraso, vestido con un romanticismo desmesurado, tanto como les molestaba cualquier atisbo de desarrollo que pudiera acabar con el pintoresquismo.

«El deterioro que narran es cierto. Aquella era una España dura y muy atrasada, pero todos estos escritores lo hacen con estereotipos. Hablan de un pueblo español que baila y muchos de ellos sabían ya lo que iban a escribir sobre nosotros cuando salían de su país. Hay unos grabados de Cavanah Murphy sobre el Patio de los Leones, que retratan un lugar de dimensiones góticas, con un patio gótico, y eso que lo tenía enfrente». La cita es de Juan Calatrava, granadino, catedrático de composición arquitectónica, doctor en arte, abogado y experto en Le Corbusier y Owen Jones (el arquitecto, no confundir con el joven pensador de *El Establishment. La casta al desnudo*), además de uno de los grandes estudiosos de la Alhambra. En efecto, el grabado de Murphy no deja lugar a dudas. Con todo, el profesor Calatrava cuenta que los viajeros y escritores

del siglo XIX que visitaron la Alhambra le interesan «no como fuente histórica, sino como objeto de estudio en sí mismo. Nos dan la visión de una cultura moderna sobre aquella España. Más que lo que cuentan de cómo estaba la Puerta de la Justicia entonces, me importa el sustrato que hay detrás de lo que escriben». Lo dice un hombre que fue niño en la calle Reyes Católicos de Granada y que muchas tardes, cuando estudiaba, se subía hasta el Patio de los Leones para hacer allí sus tareas del colegio: «Como todos los niños de esta ciudad, crecí con los cuentos de las madres y los abuelos sobre las leyendas de la Alhambra».

Es cierto que en aquella época la Alhambra «sobrevivía en unas condiciones penosas. No desapareció de milagro. Estuvo



La visión gótica del Patio de los Leones de Cavanah Murphy.

en un peligro constante, sobre todo desde 1830», cuenta Calatrava. A ese milagro de permanencia, pese a los robos y las barbaridades que padeció, contribuyeron los viajeros del siglo XIX, desde los más conocidos, como Washington Irving, a los menos, como Owen Jones o Girault de Prangey. Afortunadamente, en ese país que asombraba, admiraba e irritaba a los románticos también nacían personajes como Leopoldo Torres Balbás, el hombre que en la década de los años veinte del siglo pasado sentó las bases para salvar y reivindicar todo lo que acoge la colina de la Sabika, donde está asentada la ciudad-fortaleza más importante del mundo árabe.

Retratado el contexto, escoger el camino que en 1840 tomó «don Teófilo» —como llamaban a Gautier sus amigos granadinos— es sencillo. Atravesó la Puerta de las Granadas, de etapa renacentista, y eligió lo «más escarpado», hasta la fuente de Carlos V, porque era el camino «más corto y pintoresco». Y lo pintoresco arrasaba entre estos caballeros. Además, por la cuesta —se trata de la Cuesta de Gomérez—, «algunos arroyos corren rápidamente en regueras de guijarros menudos, y mantienen la frescura al pie de los árboles [...]». Esta mezcla de fuego, nieve y agua hace del de Granada un clima sin igual en el mundo, un verdadero paraíso terrenal», escribió el folletinero francés. La subida ha cambiado poco en este siglo y medio, salvo que no resulta tan escarpada. El murmullo del agua sigue arrullando la Alhambra, y los árboles y el bosque bajo son un lujo que seguro agradece la estatua de Irving.

La cumbre es la Puerta del Juicio o de la Justicia y, ¡ay, Señor!, cuántas especulaciones han creado la mano y la llave que la coronan, la primera en primer plano, la segunda detrás. El barón de Davillier y Gautier coinciden en dedicarle un ratito a esta puerta, datada en 1348: «La llave es un símbolo de gran veneración entre los árabes, a causa de un versículo del Corán [...]. La mano está destinada a conjurar el mal de ojo, la *jettatura*, como las manecitas de coral que se llevan en Nápoles [...]. Había una antigua predic-

ción según la cual Granada solo sería tomada mientras la mano no cogiera la llave», relata Gautier. Él mismo añade: «Es preciso confesar, en desdoro del profeta, que los dos jeroglíficos están en su sitio», mientras Boabdil, *El Rey Chico*, lanzó, ya fuera de Granada, aquella «lamentación histórica, *suspiro del rey moro*».

Hans Christian Andersen se apresura a traducir «la leyenda escrita en el jeroglífico por el arquitecto: “No perecerán las murallas de la Alhambra en tanto la mano la llave no alcance”». Otra leyenda de los románticos; la inscripción no dice nada de eso. A la fama de la mano y la llave contribuyó Irving con su cuento sobre el sabio bicentenario y el viejo sultán que pelean por una bella goda. Ambos «emblemas nos harían creer que estamos en Oriente, a no ser por una Virgen de madera —apunta Davillier—. Hay que añadir el verdadero significado de la llave: los moros creían que el profeta enviado de Dios debía de servirse de ella para abrir las puertas del mundo». Pluralismo interpretativo.

Seguir los pasos de los dos franceses y el danés resulta relativamente fácil, y la Plaza de los Aljibes es reconocible, igual que la Puerta del Vino. Para Davillier, sus azulejos «son los más bellos y los mayores que existen en Granada [...], habrían sido arrebatados sin duda alguna por los visitantes, como la mayoría de los de la Alhambra. Afortunadamente, se encuentran colocados a varios metros del suelo». Es cierto lo del azul y la belleza. Este es uno de los párrafos que dan lugar al famoso dibujo de su compañero, Gustave Doré, *El ladrón de azulejos de la Alhambra*, ilustración que se ha quedado en el imaginario colectivo de todo extranjero y nacional que haya leído algo sobre la historia de los Palacios Nazaríes. Ya Washington Irving advertía de ello: «Cuando se mira a través de la increíble tracería de los peristilos y de los —al parecer— frágiles festones de las paredes, se hace difícil el creer que haya sobrevivido a la destrucción y desmoronamiento de los siglos, a las sacudidas de los terremotos, a los asaltos de la guerra y a los pacíficos y no menos dañosos saqueos del entusiasta

viajero». Luego comprobaremos que no solo rateaba el viajero, sino que los primeros depredadores del lugar eran sus propios administradores.

Tampoco cuesta encontrar la Torre de la Vela de la que habla Gautier, «cuya campana anuncia las horas de la distribución del agua, y parapetos de piedra, donde puede uno acodarse para contemplar el maravilloso espectáculo que se ofrece a la vista...». En esta tarde fría y limpia de inicio de marzo, esos muros de piedra restaurados están repletos de turistas ingleses, árabes y coreanos, que, o salen de la visita a los palacios, o esperan para entrar al día siguiente. Pero es unánime la admiración con que se lanza la mirada hacia el Albaicín y la Vega granadina, y el gusto con que disparan móviles de jóvenes y ancianos a la explanada donde Boabdil, en sus tiempos felices, veía las justas entre sus caballeros. Este Rey Chico, tan utilizado por los románticos y anzuelo de leyendas para turistas, es menos mencionado por los expertos «alhambristas» del siglo XXI.

La misma luz del atardecer que ilumina el Albaicín dora también el palacio de Carlos V, joya del renacimiento español y denostado hasta el aburrimiento por la mayoría de los viajeros románticos como símbolo del poder cristiano que pretendía machacar a los derrotados nazaríes. Donde hoy expertos como Jesús Bermúdez o Juan Calatrava, *in situ*, al pie de la Alhambra, ven un palacio renacentista notable, Gautier veía un «gran monumento del renacimiento, que se admiraría en cualquier parte, pero que aquí se maldice cuando se piensa que ocupa una extensión tan grande como la misma Alhambra, destruida expresamente en aquel trozo para encajar su pesada masa».

La «cara B» de esos románticos que, en líneas generales, coinciden con Gautier la puso un viajero atípico, el estadista e intelectual Wilhelm von Humboldt (sí, el hermano de Alexander, el naturalista y geógrafo), para la ciencia política un tipo más importante que su hermano, quien en su *Diario de viaje a España. 1799-1800*,



El ladrón de azulejos, de Doré. Esa mirada pilla, para Davillier, es la de un inglés.

cuando aún la Alhambra no había sido tan contaminada por el romanticismo, escribió que «el palacio de Carlos V, sin terminar en el interior, forma un cuadrado y constituye un bello edificio en un estilo arquitectónico austero grande». La percepción de lo bello encierra muchas aristas, casi todas vinculadas al momento o la época. La investigación de los siglos no perdona y hace tiempo que la afirmación de que se había destruido parte de la Alhambra se demostró falsa; el suelo ocupado por el palacio tenía, sobre todo, jardines.

Documentados los hechos y el contexto, tras zascandilear por los alrededores y las murallas, tener la visita «oficial» a la Alhambra a las ocho y media de la mañana con Andersen, Davillier y Gautier aumenta la gracia y el misterio. Ayuda el café, el zumo de naranja y las tostadas con tomate —o los suizos— que caen en el desayuno, aunque sea dentro del hotel. Aún hace frío afuera para intentarlo en el patio, aunque siempre hay algún nórdico que no lo entiende. A mediodía, con sol y a veintiún grados, les parece que hace mucho calor.

Con la panza llena es mucho más fácil pensar en la jornada. ¿Qué queda de lo que nuestros escritores vieron? La entrada a los Palacios Nazaríes siempre es emocionante, pero aún más si se van a recorrer con un italiano que habla árabe, llamado Daniel Grammatico, periodista y excorresponsal en Oriente Medio, hoy amante de la Alhambra y a menudo guía de guiris más o menos ilustrados.

Antes de que el primer grupo de turistas invada la estancia nos encontramos en la Sala del Mexuar, el primero de los tres Palacios Nazaríes —los otros dos son el palacio de Comares y el Palacio de los Leones—, muy modificado por los Reyes Católicos, donde son bien visibles la pila de agua bendita que mandó instalar Isabel la Católica, el escudo de estos y el de su nieto, Carlos V. «Encima de la sala del trono de Ismael I —el sultán que levantó este palacio—, los cristianos levantaron el coro de una iglesia. Y un altar justo donde se supone que se sentaba el mismo sultán», comenta Gram-

matico segundos antes de que le sustituya otro guía con su grupo de turistas.

En la actualidad, y dada la brevedad de las visitas, en la Sala de Oración del Mexuar se acelera, salvo para indicar las hermosas vistas del Albaicín y el poyete que recorre la base de los arcos, muestra de que fue incorporado en el siglo XIX. Es una de las restauraciones del período transcurrido entre 1868 y 1889, cuando ya los Contreras —familia de restauradores que intervino en la Alhambra durante tres generaciones— habían iniciado los trabajos obedeciendo al título de «restauradores adornistas», debatido posteriormente pero que hoy se disculpa como una muestra del mestizaje de los palacios en sus diferentes etapas. Algo de esos dorados debió de ver el irascible Hans Christian Andersen cuando, incluso antes de entrar en el palacio de Comares, escribe que «la Alhambra es como un antiguo libro de leyendas, lleno de signos de escritura fantásticos, trazados sobre oro y policromía».

Ante la fachada de Comares, las exclamaciones de asombro de las visitas son un empujón al ánimo de los guías. Levantada por el gran Mohamed V —el sultán de la Alhambra—, es fácil llevar al personal a la evocación del señor sentado en el trono sobre las tres escaleras, donde celebró la conquista de Algeciras (1370), posición fundamental para el paso del estrecho de Gibraltar.

Con las bocas aún abiertas, los turistas aparecen en el Patio de los Arrayanes, y, seguramente, es la primera vez que se dan cuenta de que están en la única ciudad palatina de estas características que ha sobrevivido en el mundo. Es en este patio y en el de los Leones donde la recomendación de Daniel Grammatico se hace imprescindible: «Hay que pensar que los sultanes y sus notables lo veían todo sentados sobre sus cojines, a una altura inferior a la que lo vemos nosotros. Todo el palacio se refleja en el agua, que hace de espejo». El sultán podía observar en ese espejo, en esta alberca, lo que sucedía alrededor, y era también el anticipo del Paraíso, pero sobre la Tierra.

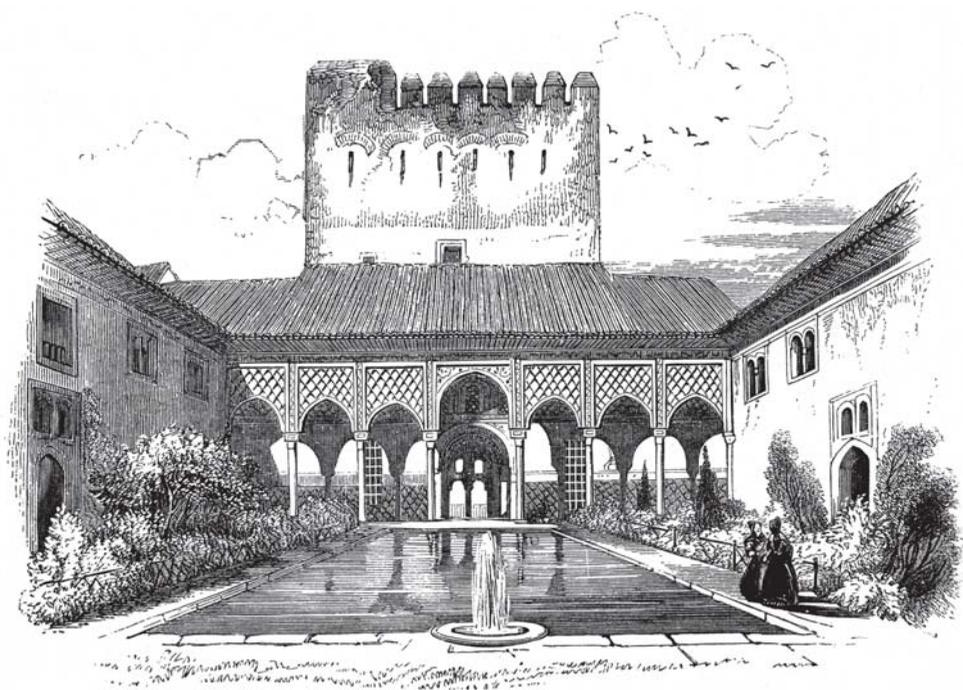
Para el barón de Davillier, «sería difícil dar idea de la extraordinaria elegancia de este patio, el más grande y, al mismo tiempo, uno de los mejor adornados de la Alhambra», y continúa describiendo las columnas de mármol de Macael, incluyendo la traducción de otra de las inscripciones del patio: «Soy como el atavío de una novia dotada de todas las bellezas y de todas las perfecciones».

La entrada al siguiente espacio justifica que tenga tantos nombres. El Salón de Comares, Salón de los Embajadores o Salón del Trono aplasta al visitante por su grandeza, aunque uno acabe de llegar al Patio de los Arrayanes. Eso era lo que quería transmitir el sultán. «La Alhambra es única. No hay otro palacio de dinastía desde el norte de la India hasta aquí que quede en pie. Ni en Córdoba —el imaginado Medina Azahara— ni en Damasco ni en Topkapi, que es posterior. Aquí, *Las mil y una noches* que querían imaginar los románticos están servidas. ¿Cómo no les iban a influir estos azulejos, que incluyen la forma de la estrella de David, evocan a los sabios del rey Salomón y tienen clara influencia en Gaudí?», se pregunta el periodista-guía, mientras sigue traduciendo: «El palacio que habla en todas sus estancias». El mismo Patio de Comares tiene una frase que resume el sentir de la vida en la Alhambra: «Que el éxtasis sea contigo».

Pese a la fama del Patio de los Leones, esta es la sala más importante del conjunto de la Alhambra. Para arquitectos como Owen Jones o, después, Leopoldo Torres Balbás o, actualmente, Juan Calatrava o el sabio Jesús Bermúdez (arqueólogo del sitio y quizá el hombre que más sabe de la Alhambra), es un ejemplo de proporción y una cumbre del arte. Este techo de Comares —«decoración *ataujerada* o de difícil engarce»— alcanza la categoría de obra maestra de la carpintería islámica. Hay un dibujo de Torres Balbás, con los siete cielos numerados en la escala, que explica lo que esta sala significaba para la dinastía. Y para todos: ¿quién no se acuerda del dicho «estoy en el séptimo cielo»?

En sus paredes, uno de los poemas reza que ese era el trono de la estirpe nazarí. No hay guía que vaya con tiempo que no cuente que, bajo el techo, en la franja más alta de la pared, se reproduce la *sura* 67 del Corán, llamada «del Reino», donde se revela la soberanía incuestionable de Dios. El barón Davillier pasa desde los Arrayanes al Patio de los Leones hablando del «Cuarto de la Sultana, una de las más bellas salas, muy deteriorada hoy, pues no hace mucho aún servía de almacén para el bacalao con que se alimentaba a los forzados».

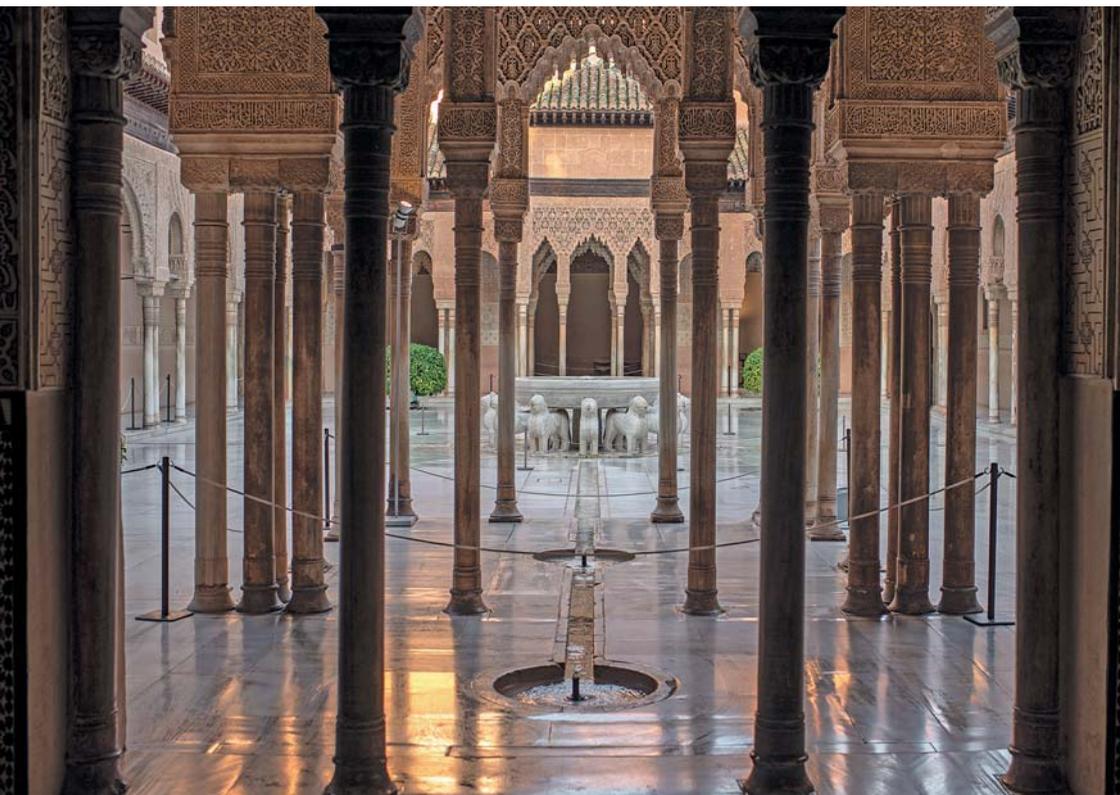
Son poco menos de las nueve y media de la mañana y una corriente más que fresca pasa por los corredores cuando la visita se topa con el Patio de los Leones. El madrugón premia a la fotógrafa Sofía Moro, que comparte el instante con las afanadas señoras



Pese a los grabados de la época, durante el siglo XIX la Alhambra estuvo muy abandonada.

de la limpieza. En arte, este patio es el lugar más famoso de nuestro país, siempre entre los diez más visitados de Europa. Forma parte del imaginario de cualquier niño español desde hace siglos, aunque el tiempo y el cambio de conceptos no perdonan ni a los más letrados. Ante la fuente, o bajo las ciento veintiocho columnas que cita Davillier —hoy son ciento cuarenta y dos las contabilizadas—, hay que hacer otro esfuerzo de traslación en el tiempo para entender el contexto en el que describieron el sitio los escritores extranjeros. Para Gautier, pese a los elogios de las poesías árabes, «confieso que no hay nada que se parezca menos a un león que estos productos de la fantasía africana: las patas son, sencillamente, estacas semejantes a esos trozos de madera sin desbistar [...], las bocas parecen hocicos de hipopótamo...». Para Irving, «estos leones no merecen positivamente la fama que han alcanzado: están pobremente esculpidos», y lo atribuye a que quizá lo hizo algún esclavo cristiano encadenado. Para Andersen, el patio luce «arcos de tul bordado en piedra [...] encajes de Bruselas tejidos en porcelana», pero los leones «están malamente esculpidos, son torpes y pesados». El más atinado a los gustos de siglo y medio después es Davillier, para quien «estos leones, que lo mismo pudieran ser tigres o panteras, son en realidad animales soberbios». El adinerado barón francés, que viajó varias veces a España, habla de «la taza inferior de la fuente». Irving también se refiere a la «alabastrina taza que derrama por todas partes sus gotas de diamantes», y es que en el siglo XVI se añadió otra taza a la fuente original. O, al menos, ese es el debate. Como aclara Jesús Bermúdez, la fuente tuvo dos tazas durante mucho tiempo, hasta que los estudiosos optaron por la que creyeron original, una taza, como se contempla en la actualidad.

En cuanto a los leones, tan poco atractivos para los románticos, todos en postura de alerta, orejas levantadas y colas replegadas, la restauración de inicios de este siglo, modélica y premiada, muestra el mimo elegido por el tallista en el mármol de cada pieza de león.



Las ciento veintiocho columnas del patio son ahora ciento cuarenta y dos.

La fuente —que estuvo policromada, aunque se ha perdido cualquier resto de color durante las agresivas limpiezas realizadas durante varios siglos— tiene un hermoso poema del visir y poeta Ibn Zamrak bendiciendo a Mohamed V por engalanar sus casas. Algunos de los versos de la fuente dicen: «¿No ves cómo el agua se derrama en la taza, pero sus caños la esconden enseguida?», «Es un amante cuyos párpados rebosan lágrimas que esconde por miedo a un delator». ¡Lo que habrían hecho los románticos con estos versos! Davillier recurre a una traducción del «señor Gayangos» —un clásico entre los viajeros del XIX—, en la que tan solo palabras como «perlas, plateadas» o «centellear» se acercan a la traducción oficial.

Daniel Grammatico sonríe al oír las opiniones de los dos franceses y el danés, y viaja en el tiempo, más atrás del siglo XIX: «El león es símbolo de majestad, de masculinidad en el mundo árabe. Los leones de las puertas de Isart tienen más que ver con estos doce de la fuente». Al guía le importa menos la opción del mármol en el suelo del patio, defendida y apoyada por expertos como Jesús Bermúdez, que los leones, por cuya pata delantera izquierda aún sigue brotando el agua, y las tazas que tuvo la fuente: «No creo que hubiera mármol en tiempos de Mohamed V. La Alhambra está concebida como un palacio con jardines colgantes fantásticos, se ve en las paredes. Era el espacio más cercano al Paraíso que había en la Tierra, o eso pretendían los sultanes y así está descrito en sus paredes. Y este patio debía de tener flores bajas, plantas de colores, como los colores de las vidrieras de toda la Alhambra. La dinastía nazarí amaba la psicodelia, hermosa, increíble, reflejada en vidrieras y flores en el agua».

Cierto es que, en los grabados de siglos pasados, el Patio de los Leones aparecía con tierra, plantas o el eterno mirto, ese arbolito maravilloso que perfuma toda la colina de la Sabika y del que ya hablaban los poetas de los sultanes. Pero la investigación química del suelo del patio apunta a que hace setecientos años no había jardín alrededor de la fuente.

Una vez examinada la estética de crucero del Patio de los Leones gracias a los canales, los visitantes suelen pasar a otra estancia casi igual de famosa, la Sala de los Abencerrajes, ese lugar de éxito para las leyendas románticas y las narraciones del padre Echevarría, sin olvidar la pintura de Mariano Fortuny. Fue en esta habitación donde Muley Hacén, el padre de Boabdil —ya saben, el rey que lloraba—, ordenó matar a treinta y nueve caballeros de la familia de los Abencerrajes, guapos y valientes según los romances, por los celos provocados por la relación de la sultana con uno de estos señores. Ni siquiera está confirmada la emboscada para la matanza.